Clínica e Investigación Relacional
Revista electrónica de Psicoterapia
ISSN 1988-2939
Vol. 20 (2) – Octubre 2026 - http://dx.doi.org/10.21110/19882939.2026.200206

Te lancé un hechizo.[1]

Frederico Bento
PsiRelacional, IARPP
Lisboa, Portugal

RESUMEN

Este artículo examina una dinámica relacional que emergió en el encuentro entre Akachi, un adolescente negro sujeto a medidas de protección de menores, y un terapeuta blanco. La violencia racial, institucional e intergeneracional entró en la relación no como un simple telón de fondo, sino como una fuerza organizadora que nos situó dentro de una complementariedad agresor–víctima. A través de material clínico y autorreflexión, el artículo analiza cómo el privilegio, el odio, el miedo y una inocencia defensiva contribuyeron a un impasse en el que la acción desplazó al pensamiento y cada participante experimentaba al otro como la fuente del peligro. En lugar de entender el enactment como un obstáculo que debía superarse, el artículo explora cómo quedar atrapados en esta dinámica hizo posible reconocerla y transformarla. Se pregunta qué puede llegar a ser posible cuando el terapeuta logra permanecer dentro de la experiencia de violencia del paciente sin refugiarse en la negación, la represalia, la culpa o una falsa equivalencia, y cómo sobrevivir a un encuentro de este tipo puede abrir un espacio compartido en el que ambos comiencen a vivir.

Palabras clave: Psicoanálisis relacional; violencia racial; enactment; complementariedad agresora–víctima; privilegio racial; contratransferencia; trauma intergeneracional; protección de menores.

ABSTRACT

This article examines a relational dynamic that emerged in the encounter between Akachi, a Black adolescent subject to child protection measures, and a White therapist. Racial, institutional, and intergenerational violence entered the relationship not as a mere backdrop, but as an organizing force that positioned us within an aggressor–victim complementarity. Through clinical material and self-reflection, the article explores how privilege, hatred, fear, and defensive innocence contributed to an impasse in which action displaced thought and each participant experienced the other as the source of danger. Rather than understanding enactment as an obstacle to be overcome, the article explores how becoming trapped in this dynamic made it possible to recognize and transform it. It asks what might become possible when the therapist manages to remain within the patient's experience of violence without retreating into denial, retaliation, guilt, or false equivalence, and how surviving such an encounter can open up a shared space in which both participants begin to live.

Key Words: Relational psychoanalysis; racial violence; enactment; aggressor–victim complementarity; racial privilege; countertransference; intergenerational trauma; child protection

[1] Trabajo presentado en el XXII Congreso Internacional de la IARPP, Toronto. Celebrado del 7 al 11 de mayo de 2026. Incluido en el panel *"Mutual Hate and Dissociation Post-Empire: Echoes of Portuguese Colonialism in Therapy".* Presentado junto a los trabajos de Miriam Dos Santos y Carla Carvalho, incluidos también en este número de CeIR.

© Derechos reservados/Copyright de *Clínica e investigación Relacional* y los autores. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización expresa. Este material es para uso científico y profesional exclusivamente y puede contener información clínica sensible. Los editores no se responsabilizan de los contenidos de los autores. Dirigir las consultas sobre derechos y autorizaciones a ceir@psicoterapiarelacional.es

Cita bibliográfica / Reference citation:
Bento, F. (2026). Te lance un hechizo. *Clínica e Investigación Relacional*, 20 (2): 91-99. [ISSN 1988-2939] [Recuperado de www.ceir.info] DOI: 10.21110/19882939.2026.200206

Hay muchos momentos en los que me encuentro cuestionando mi privilegio. Creo que, de una forma más o menos inconsciente, siempre lo he percibido. Sin embargo, Akachi me hizo experimentar ese privilegio mío, ese concepto invisible pero palpable, esa parte de mí que, de algún modo, me protegía, como algo que quizá no debería sentirse bien tener, o incluso poseer.

¿No es bueno haber tenido la fortuna del privilegio?

"*Tum tum tam, Aliaii, Aliooo, Saraiii*". Akachi lo repetía sin cesar. En voz alta, muy alta. Tan alta que un familiar que se encontraba cerca lo oyó y entró en la habitación, preguntando qué estaba pasando. Akachi respondió: "*Estaba haciendo un hechizo para matar al terapeuta*". Ambos estallaron en carcajadas. Yo me sumé a su risa, asustado, muy asustado.

Akachi (un seudónimo) es un adolescente negro, al inicio de la adolescencia, perteneciente a una familia con raíces en una de las antiguas colonias portuguesas. Fue derivado a consulta mientras vivía apartado de su familia en un centro residencial de acogida, tras una intervención de protección de menores. A lo largo de varias generaciones, miembros de su familia habían vivido intervenciones coercitivas por parte de instituciones percibidas como "el sistema". Un sistema gobernado por el "Hombre Blanco". Un sistema que los maltrataba y marginaba. Un sistema que había separado repetidamente a los niños de sus familias, reproduciendo formas de ruptura ya sufridas por generaciones anteriores. Sin diálogo. Sin comprensión. Sin empatía.

Esta lucha intergeneracional contra el sistema pasó a formar parte de la herencia psíquica y relacional de Akachi, tomando forma en su odio hacia las instituciones blancas, sus profesionales y hacia mí.

Más allá de la fantasía de lanzar un hechizo para provocar mi muerte, Akachi me situaba en la posición del objeto malo que debía ser eliminado, de un modo similar a lo que Grand (2023) nos ayuda a pensar a través de su concepto de «objeto totalitario», anulando mi subjetividad y colocándome en lo que parecía ser una posición sin salida, como si me estuviera diciendo: «*Tú eres malo. Sois todos malos. Sois vosotros quienes nos habéis hecho esto.*»

Durante meses, Akachi dijo y repitió esto. Su rostro se endurecía; su mirada me asustaba. Rechazaba cualquier intento de acercamiento por mi parte. Parecía un animal feroz que trataba de defenderse de otro aún mayor.

© Derechos reservados/Copyright de *Clínica e investigación Relacional* y los autores. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización expresa. Este material es para uso científico y profesional exclusivamente y puede contener información clínica sensible. Los editores no se responsabilizan de los contenidos de los autores. Dirigir las consultas sobre derechos y autorizaciones a ceir@psicoterapiarelacional.es

«*No. Yo no soy malo. Ni siquiera soy capaz de matar una hormiga. ¿Cómo podría ser malo? ¿No ves que estoy intentando ayudarte? ¿Cómo puedes no verlo? ¿Cómo puedes no ver que soy bueno?*». Estos eran los pensamientos y sentimientos que atravesaban mi mente cada vez que Akachi y yo estábamos juntos. Me resultaba imposible concebirme como un agresor. Y, sin embargo, ese era el lugar en el que Akachi me situaba. Ese era mi lugar, aunque yo no quisiera ocuparlo.

Recordé un libro que leí hace tiempo, *O Homem em Ponto*, una recopilación de entrevistas del periodista portugués Armando Baptista-Bastos. En una de ellas, Baptista-Bastos pregunta a Maria João Seixas por las distintas formas que puede adoptar la violencia. En el transcurso de su respuesta, Seixas observa que «*la violencia también existe como una forma última de explicar que uno es víctima de otra violencia*» (Baptista-Bastos, 1984, traducción del autor).

Akachi trataba de mostrarme precisamente esto. Intentaba mostrarme que había sido, y seguía siendo, víctima de una historia pesada, una historia que inscribía en mí y en la díada analítica como una violencia traumática, ya fuera histórica, racial, social o institucional.

Y yo lo intentaba. Intentaba salir de esta dinámica de guerra, en la que uno mata y el otro muere. Él me atacaba y, de algún modo, parecía esperar que yo respondiera matándolo. Pero yo me resistía, a toda costa, a ser el agresor. ¿Por qué me resistía a serlo? ¿Acaso alguien quiere ser un agresor?

Esta imposibilidad de reconocer la posición de Akachi me hizo pensar en la descripción que Ferenczi (1933/1988) hace de la desmentida traumática en su texto seminal, «Confusión de lenguas entre los adultos y el niño». Ferenczi plantea que el trauma se vuelve especialmente patógeno no solo a causa del acto violento en sí mismo, sino también por el posterior fracaso de los adultos a la hora de reconocer la realidad de lo ocurrido y de aquello que el niño experimentó. El perpetrador se comporta «*como si nada hubiera sucedido*» (Ferenczi, 1933/1988, p. 202), mientras que los intentos del niño por encontrar reconocimiento en otro adulto también pueden ser desestimados.

Al negar que yo fuera el agresor, estaba, paradójicamente, repitiendo algo de esta estructura (Ferenczi, 1933/1988). No el acto violento en sí, sino su segunda parte: la desmentida. «*Yo no soy malo. Ni siquiera soy capaz de matar una hormiga.*» Esta defensa, aunque pudiera ser cierta desde el punto de vista de mi intención consciente, funcionaba como una negativa a reconocer aquello que Akachi necesitaba que yo reconociera: que, a sus ojos, yo era el representante de un sistema que efectivamente lo había violentado. Que mi privilegio, mi blancura y mi posición institucional me situaban, quisiera o no, en una posición de continuidad con aquella violencia histórica, racial y social.

© Derechos reservados/Copyright de *Clínica e investigación Relacional* y los autores. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización expresa. Este material es para uso científico y profesional exclusivamente y puede contener información clínica sensible. Los editores no se responsabilizan de los contenidos de los autores. Dirigir las consultas sobre derechos y autorizaciones a ceir@psicoterapiarelacional.es

El siguiente intercambio ha sido reconstruido y su formulación ha sido modificada para proteger la confidencialidad.

Akachi: *«Érase una vez un terapeuta que hablaba demasiado y no dejaba espacio a un chico.»*

Terapeuta: *«Y érase una vez un chico que no dejaba de intentar arrastrar al terapeuta a una pelea, pero el terapeuta se negaba a pelear con él.»*

Akachi: *«Érase una vez un terapeuta al que no se le daba nada bien fingir.»*

Yo: *«Y érase una vez un terapeuta que decidió no fingir, porque no había ninguna necesidad de hacerlo.»*

El fragmento transcrito es representativo de un período del tratamiento marcado por el impasse. El concepto de experiencia no formulada de Stern (2003) me ayuda a comprender estos momentos como resultado, al menos en parte, de la incapacidad de cualquiera de los dos participantes para formular y dar sentido a lo que estaba sucediendo entre nosotros. En este estado no formulado, la acción pasó a predominar sobre la reflexión: la relación comenzó a organizarse en torno a movimientos de ataque y defensa, a expensas del pensamiento y de la posibilidad de representación simbólica. A través de este poderoso *enactment*, quedamos atrapados en una configuración relacional rígida, y el tratamiento permaneció en un impasse durante varios meses.

Akachi y yo nos encontramos en polos opuestos de una configuración relacional complementaria. Estábamos poniendo en acto aquello que Benjamin (2004) describe como la relación *doer/done-to*: aunque uno parece ocupar la posición del agresor y el otro la de la víctima, cada uno experimenta al otro como el agente del poder y la dominación, y a sí mismo como el objeto de la acción del otro. Ninguno de los dos puede reconocer su propia participación en la configuración del impasse relacional cocreado. Bajo esta aparente oposición subyace lo que Benjamin denomina una «simetría inconsciente» (p. 10), en la que ambos participantes sienten que el otro actúa sobre ellos, en lugar de sentirse sujetos que participan en la relación.

Sin embargo, en el contexto de una relación terapéutica, el terapeuta debe y, de hecho, tiene que, asumir una mayor responsabilidad por la relación y dentro de ella. La mutualidad existe, pero, como nos recuerda Lewis Aron (1996) en *Meeting of Minds*, es asimétrica.

Había llegado, por tanto, el momento de que yo asumiera esa responsabilidad. Pero, para hacerlo, primero tenía que recordar.

Una noche de invierno, estaba viendo uno de esos programas dominicales de televisión en los que personas escogidas al azar se someten a distintos desafíos físicos o cognitivos con la esperanza de ganar dinero. En una de las pruebas, el concursante tenía

© Derechos reservados/Copyright de *Clínica e investigación Relacional* y los autores. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización expresa. Este material es para uso científico y profesional exclusivamente y puede contener información clínica sensible. Los editores no se responsabilizan de los contenidos de los autores. Dirigir las consultas sobre derechos y autorizaciones a ceir@psicoterapiarelacional.es

que memorizar una imagen que aparecía brevemente en una pantalla y, una vez desaparecida, responder a preguntas sobre ella. Cuando le preguntaron: «*¿De qué color eran los platos que estaban sobre la mesa?*», el concursante respondió: «*Eran de color carne.*» A su lado se encontraba otro concursante, un hombre negro. En silencio. El presentador dio por válida la respuesta y el juego continuó hasta el final.

Entonces recordé cómo jugaba al fútbol en el patio de la casa de mis abuelos. Jugaba sin parar. A veces incluso me saltaba el almuerzo, tan absorto estaba en el juego y en el deseo de estar con mis hermanos y amigos, corriendo, chutando y compartiendo una experiencia que parecía no tener fin. Cuando por fin parábamos, entraba en casa, y recuerdo que mi abuelo, preocupado porque no había comido, me decía a menudo: «*Hijo, debes de estar negro de hambre.*» Yo me reía y le decía que sí.

Y entonces emerge otra imagen. Estoy en la escuela. De repente, se están formando los equipos para un torneo de baloncesto. Van llamando a mis amigos para que se incorporen a los equipos, y yo quedo para el final. «*Bueno, entonces supongo que el negro soy yo*», dije en tono de broma, uno que era bastante habitual escuchar en situaciones en las que alguien era elegido el último o no era elegido en absoluto.

Los recuerdos empezaron a sucederse en cascada. El destello de otro recuerdo. Apenas el año pasado, la Dirección General de Salud de Portugal compartió una imagen en una campaña de sensibilización sobre el sida en la que aparecían personas negras, acompañada del lema: «*El sida no ha terminado*». «¿Pero qué tienen que ver las personas negras con el sida que no tengan las personas blancas?», recuerdo haber pensado.



Gislene Aparecida dos Santos (2006), una mujer negra, con un máster en Filosofía y un doctorado en Psicología, escribe en su libro *A Invenção do Ser Negro* (*La invención del ser negro*) sobre cómo «ser negro» no es algo biológico, sino algo construido histórica,

© Derechos reservados/Copyright de *Clínica e investigación Relacional* y los autores. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización expresa. Este material es para uso científico y profesional exclusivamente y puede contener información clínica sensible. Los editores no se responsabilizan de los contenidos de los autores. Dirigir las consultas sobre derechos y autorizaciones a ceir@psicoterapiarelacional.es

filosófica y políticamente, que ha dado lugar a la consolidación de la idea de la inferioridad de las personas negras como algo que supuestamente pertenece a «su naturaleza», como algo intrínseco a ellas. Estas ideas han sido construidas, afianzadas y transmitidas a lo largo de siglos y, naturalmente, siguen existiendo hoy. Aparecen con la mayor banalidad: en las palabras de aquel concursante, en las palabras de mi abuelo, en mis propias palabras, pero también en los niveles más elevados de las estructuras institucionales.

Las alarmas empiezan a sonar. Creo que hay pocas dudas de que somos una sociedad víctima de su propia Historia, una historia de imperialismo, esclavitud y dominación. Pero ser víctimas de esta Historia implica también que hemos sido agresores. Lo fuimos y, en muchos sentidos, todavía lo somos. Creo que la mayoría de nosotros no está movida por el odio ni por la maldad, aunque estos, sin duda, existen; pero creo que son menos, muchos menos. Todos los demás, todos nosotros, quienes en algún momento de nuestra vida repetimos lo que dijo aquel concursante, lo que dijo mi abuelo, lo que yo mismo he dicho, creo que lo hacemos desde la inconsciencia de la normalidad. Aquello que siempre hemos oído, visto y sentido acaba integrándose. Se vuelve familiar. Se banaliza. Y, por esa razón, cuando se expresa, a menudo aparece sin ser cuestionado, no porque surja de un lugar de odio intencional, sino, más bien, de un lugar de familiaridad.

Quizá fue precisamente porque provenía de ese lugar familiar por lo que, cuando Akachi me situó en la posición del agresor, yo me desorganicé. No sentía odio hacia él, no deseaba hacerle daño y, por tanto, me parecía imposible que pudiera ser un agresor. Lo que no comprendía era que la posición de agresor surgía precisamente de esta negativa, de esta incapacidad para verme a mí mismo como un «Hombre Blanco». Asumirlo significaba también ser capaz de ocupar una posición de inferioridad, sobrevivir a una forma de aniquilación simbólica y aspirar, como sugiere Michelle Ann Stephens (2024), a la posibilidad de pensar el «*sujeto no pensado*».

Estos recuerdos, mis recuerdos, me condujeron a un lugar de profundo malestar, abriendo un espacio para el reconocimiento de la injusticia. Y creo que fue desde ese lugar desde donde se hizo posible resignificar la relación con Akachi.

«*Ha sido, y sigue siendo, profundamente injusto lo que te ha ocurrido.*»

Era la primera vez que lo decía. Los ojos de Akachi se abrieron de par en par, brillantes, fijos en los míos. Permanecimos en silencio. Poco después, continuó con su discurso de rabia. Pero aquel fue el primer momento en que empezó a hacerse posible un encuentro. Lo sentí en su mirada.

Avanzar hacia lo que Klein (1935/1975) describe como la posición depresiva y, siguiendo la elaboración inédita de Baptista-Bastos (2026), comprender esta posición

© Derechos reservados/Copyright de *Clínica e investigación Relacional* y los autores. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización expresa. Este material es para uso científico y profesional exclusivamente y puede contener información clínica sensible. Los editores no se responsabilizan de los contenidos de los autores. Dirigir las consultas sobre derechos y autorizaciones a ceir@psicoterapiarelacional.es

como una antesala de la noción de *surrender* de Ghent (1990), me permitió tolerar la experiencia que Akachi tenía de mí como agresor sin defenderme inmediatamente de ella ni desmentirla. Al poder sostener esta posición, empecé a reconocerme como un participante activo en la dinámica relacional entre nosotros. Este desplazamiento facilitó la emergencia de lo que Gil (2018) describe en *Caos e ritmo* [*Caos y ritmo*] como «estados de afecto compartido» (traducción del autor).

Gil (2018), basándose en el trabajo de Stern, describe un momento de afectos e intenciones compartidos entre madre e hijo en el que emerge un campo relacional. Dentro de este campo, el niño comienza a experimentarse como distinto de la madre y, al mismo tiempo, a sentir su propia presencia dentro del campo psíquico materno: *Soy diferente de ti, pero también estoy ahí, dentro de ti.*

Y porque soy diferente, pero también estoy ahí, me viene a la mente una película importante sobre la raza, el odio y la desigualdad: *American History X*. En aquella escena atemporal, Derek, un neonazi, se ve obligado a compartir un espacio común con Lamont, un hombre negro al que odia y considera inferior. Sin embargo, esta convivencia cotidiana forzada va creando gradualmente algo muy próximo a estos estados de afecto compartido: comparten trabajo, riesgos y tensiones, y comienzan a resonar dentro de un mismo campo afectivo, en el que cada uno se deja afectar por el otro y se vuelve progresivamente responsable ante él, al tiempo que reconoce al otro como un sujeto distinto de sí mismo.

Este campo afectivo compartido descrito por Gil (2018) nos lleva al capítulo de Benjamin (1995), «Recognition and Destruction: An Outline of Intersubjectivity», en el que presenta la intersubjetividad no simplemente como la suma de dos subjetividades —dos *selves*—, sino como la emergencia de un *entre*, un espacio en el que cada uno puede comenzar a reconocer al otro como un «centro equivalente de experiencia», más allá de aquello que el otro representa como objeto dentro de las propias relaciones de objeto internalizadas.

Al igual que Derek y Lamont, Akachi y yo hemos ido avanzando hacia este encuentro continuo dentro de un espacio de reconocimiento mutuo, en el que cada uno de nosotros intenta ver más allá de sus propias representaciones del mundo. Se trata de un esfuerzo por habitar un espacio compartido en el que ya no permanecemos encerrados en nuestros objetos internos, sino que comenzamos a cohabitar un campo afectivo y relacional cocreado, en el que nos afectamos mutuamente y, gradualmente, nos convertimos en sujetos el uno para el otro.

Por eso el Psicoanálisis Relacional importa tan profundamente. Más allá de permitir que el paciente desarrolle pensamiento, reconozca estados emocionales, formule representaciones de lo inconsciente y dé forma simbólica a la experiencia,

© Derechos reservados/Copyright de *Clínica e investigación Relacional* y los autores. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización expresa. Este material es para uso científico y profesional exclusivamente y puede contener información clínica sensible. Los editores no se responsabilizan de los contenidos de los autores. Dirigir las consultas sobre derechos y autorizaciones a ceir@psicoterapiarelacional.es

también trae consigo tanto la humildad como el coraje necesarios para crear, a través de una relación entre dos personas, espacios internos en los que las heridas históricas y sociales puedan comenzar a repararse, tanto en el paciente como en el analista. De maneras diferentes, por supuesto, dada la asimetría de los roles, pero de formas que siguen estando profundamente interconectadas.

Como dijo Claudio Waks en el Congreso Luso-Brasileño de nuestra asociación, PsiRelacional: «*Hay que sobrevivir.*» Akachi y yo estamos intentando sobrevivir mientras intentamos, al mismo tiempo, vivir.

«Toda información potencialmente identificativa presentada en este artículo que se refiera, directa o indirectamente, a una persona o personas ha sido modificada con el fin de ocultar su identidad y salvaguardar la confidencialidad, la privacidad y los derechos de protección de datos de las personas implicadas, de conformidad con la política de anonimización de la revista.»

REFERENCIAS

Aron, L. (1996). *A meeting of minds: Mutuality in psychoanalysis*. The Analytic Press.

Baptista-Bastos, A. (1984). *O homem em ponto: Entrevistas*. Relógio d'Água.

Baptista-Bastos, F. (2026). *Athens: Multiple states of the analyst's self* [Manuscrito no publicado].

Benjamin, J. (2004). Beyond doer and done to: An intersubjective view of thirdness. *The Psychoanalytic Quarterly, 73*(1), 5–46. https://doi.org/10.1002/j.2167-4086.2004.tb00151.x

Benjamin, J. (1995). *Like subjects, love objects: Essays on recognition and sexual difference*. Yale University Press. https://doi.org/10.12987/9780300156829

Ferenczi, S. (1988). Confusion of tongues between adults and the child: The language of tenderness and of passion. *Contemporary Psychoanalysis, 24*(2), 196–206. https://doi.org/10.1080/00107530.1988.10746234 (Trabajo original publicado en 1933)

Gil, J. (2018). *Caos e ritmo*. Relógio d'Água.

Ghent, E. (1990). Masochism, submission, surrender: Masochism as a perversion of surrender. *Contemporary Psychoanalysis, 26*(1), 108–136.

Grand, S. (2023). On hatred: Perpetrator fragments and totalitarian objects. *Psychoanalytic Dialogues, 33*(4), 543–560. https://doi.org/10.1080/10481885.2023.2220764

Klein, M. (1975). A contribution to the psychogenesis of manic-depressive states. In *Love, guilt and reparation and other works 1921–1945* (pp. 262–289). Hogarth Press and the Institute of Psycho-Analysis. (Trabajo original publicado en 1935)

© Derechos reservados/Copyright de *Clínica e investigación Relacional* y los autores. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización expresa. Este material es para uso científico y profesional exclusivamente y puede contener información clínica sensible. Los editores no se responsabilizan de los contenidos de los autores. Dirigir las consultas sobre derechos y autorizaciones a ceir@psicoterapiarelacional.es

Santos, G. A. dos. (2006). *A invenção do "ser negro": Um percurso das ideias que naturalizaram a inferioridade dos negros* [La invención del «ser negro»: Un recorrido por las ideas que naturalizaron la inferioridad de las personas negras]. Pallas.
Stephens, M. A. (2024). Undoing the dissociation of the unthought subject. *Psychoanalytic Dialogues, 34*(4), 461–471. https://doi.org/10.1080/10481885.2024.2373722
Stern, D. B. (2003). *Unformulated experience: From dissociation to imagination in psychoanalysis*. Routledge.

Original recibido con fecha: 27/06/2026 Revisado: 15/07/2026 Aceptado: 30/9/2026

NOTAS:

© Derechos reservados/Copyright de *Clínica e investigación Relacional* y los autores. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización expresa. Este material es para uso científico y profesional exclusivamente y puede contener información clínica sensible. Los editores no se responsabilizan de los contenidos de los autores. Dirigir las consultas sobre derechos y autorizaciones a ceir@psicoterapiarelacional.es